



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 82

Salamanca 15 de Noviembre de 1912

Año VII

DE MI VIDA

IMPRESIONES



Qué alegre vine y qué triste me voy!

Recuerdo aquella mañana espléndida de otoño en que nuestro automóvil subía los Pirineos. Mi hija, que dirigía el viaje, nos había anunciado que como entre Olozon y Jaca no era probable que encontráramos hoteles ni restaurant, se había armado de maquinilla y conservas, de las que llevan los soldados a maniobras, para hacernos la comida en medio del campo y comer en el suelo como nuestros gitanos.

Yo acepté encantada la idea, bajo la condición de que habíamos de detenernos a comer después de pasar la piedra que marca la frontera entre Francia y España. Una vez en España, cualquier sitio me era igual.

El agua fría de la montaña no arrancaba a cocer, y pasó un buen rato hasta que la comida estuvo dispuesta y preparada. Yo, entretanto, me senté en el suelo, y satisfecha y contenta contemplaba el cielo y los montes de mi patria, soñando con la alegría que me esperaba al llegar a la casa de mis hijos y mis nietos.

Con cuánta devoción oí aquella tarde en la Catedral de Jaca la salve y el himno a la Virgen del Pilar. Nuestra alegría se comunicó a todo el pueblo, y hasta se sacaron los gigantes y cabezudos.

Por la noche, en Logroño, mientras en la plaza tocaba una jota la banda militar, para complacer a mi hija, que quería ver cómo la bailaban en la Rioja, se organizó un baile popular.

En Valladolid también lo pasamos satisfechos y contentos; pero donde llegó a su colmo la alegría fué en la feria de Salamanca: tomamos parte en todas las fiestas que se celebraron e hicimos excursiones preciosas a la Sierra. Allí nos alcanzó la noticia del feliz alumbramiento de la pobre María Teresa. Me había dado una nueva nietecita. Recibí la noticia al ir a inaugurar una nueva escuela.

Las autoridades salmantinas, conociendo mi amor por la cultura y el progreso de mi patria, me habían invitado a presidir el acto de la inauguración

¡Cómo vibraban en mi alma las vocecitas de las niñas cantando a coro!

El mundo me parecía tan lleno de luz como aquellas hermosas salas de la nueva escuela.

Pensábamos no haber pernoctado entre Salamanca y Madrid; pero como hicimos algunos rodeos, entre ellos uno importante, para tener el gusto de ver el estado y progreso de las obras de la Basílica en Alba de Tormes, era ya de noche cuando llegamos a la Granja. Allí nos quedamos con mi hermana Isabel hasta el día siguiente.

Hablamos por teléfono con nuestros hijos, y aún me parece estar oyendo la voz de María Teresa cuando exclamó, llena de alegría: «¡ah!» No hay notas de música que reproduzcan el tono ni palabras que expresen lo que eso encerraba. Yo lo comprendí. ¡Que Dios se lo pague! Como si hubiese presentido que estaban contados los días y las horas que habíamos de pasar aún juntas en este mundo, reconcentré en ella mi cariño, y hasta los más mínimos detalles de los últimos días de la vida fecunda de aquel ángel quedaron grabados para siempre en mi alma.

Una tarde, pensando en el porvenir, que nos parecía tan seguro, le dije, contando los nietos que me iba dando: «ya no caben en un coche», y ella, con aquella sonrisa tan franca que heredó de su pa-

dre, y mirando el efecto que su falta de elegancia deportiva iba a hacer a su marido, exclamó con voz dulce: «compraremos un familiar». Cada vez que ahora veo uno de esos coches llenos de niños, se me saltan las lágrimas.

Otra cosa, que nunca olvidaré, fué la alegría que tuvo al ver el regalo que la envió, como padrino que iba a ser de la niña, el Príncipe Regente de Baviera. Ella, que no daba nunca importancia a esas cosas, decía, con tono de niña buena, a mi marido: «Papá, enseñame el regalo del tío Luitpoldo, y luego lo guardas para dármelo oficialmente el día del bautizo». ¡Cuánto me alegro de habérselo enseñado! Tardamos mucho en desempaquetarlo, haciéndole adivinar lo que el estuche encerraba. Por fin lo abrimos. «¡Oh! exclamó al ver un elegantísimo peine de brillantes con magníficas perillas de perlas, que se podía usar a manera de diadema o como alfiler. A renglón seguido, casi emocionada, dijo: «el pobre». Esa palabra, y sobre todo el tono con que la pronunciaba, expresaba todo el agradecimiento que sentía por el cariño que le había demostrado siempre el tío de Nando. «Sí, te quiere mucho», dije yo emocionada también al recordar todo lo que había hecho por ellos. No sólo les había permitido que se establecieran en España, sino que había conservado a mi hijo Nando todos los derechos y honores de Príncipe de Baviera, hereditarios y perpetuos para él y sus hijos y nietos.

Aún recuerdo la alegría que tuve el día en que juró mi hijo Adalberto el cargo de Senador oír desde la tribuna donde yo estaba al Presidente del Senado, que decía: «excusado de asistir, por estar ausente, el Príncipe Fernando María de Baviera».

Muy poco era el tiempo que pasaban en Munich y, sin embargo, allí se les quería y consideraba al igual de los otros Príncipes de la casa de Baviera.

«Quisiera darte a conocer, me escribe mi primo el Príncipe Enrique, hasta qué punto Munich y toda la Baviera comparten tu dolor por la pérdida inmensa que te aflige; porque aun cuando la difunta no pasó entre nosotros sino cortas temporadas, dejó, sin embargo, bien marcada la huella de sus angélicas bondades y simpatías».

Era un dón especial que el cielo le había dado y que ella cultivó toda la vida para bien de todos. ¡Cuánto la echarán, y con razón, de menos en Munich!

Ya no volveremos a visitar juntas los establecimientos de Beneficencia; ni la agasajarán los alumnos de mi Pedagogium; ni la numerosa colonia española de estudiantes y artistas volverá a recoger de aquella boca palabras de aliento y esperanzas,

No creo que haya en Munich un sólo establecimiento de caridad en cuyos libros no ande estampada con trazos seguros y claros la firma de *Princesa Fernando María de Baviera, Infanta de España*.

Tan pronto como la Congregación nobiliaria de las Siervas de María de Munich, de la que ella formaba parte, tuvo noticia de su muerte, celebró solemnísimas honras fúnebres por su alma; y el 20 de Noviembre se verán de nuevo las armas de España y Baviera en los paños mórтуorios de la iglesia de los Teatinos de Munich, cuando la Orden de Damas Nobles de Santa Elisabeth celebre honras por sus difuntos. Es para mí un gran consuelo ver que allí se la recuerda con tanto cariño. Estoy segura que respetarán mi dolor cuando noten lo penosa que a veces se me hará la vida separada de todo lo que dejo aquí.

Desde mi torre del vigía, como yo llamo a mi cuarto en la Cuesta de la Vega, estaba yo ayer mirando bajar el sol con tristeza, cuando ví salir un criado de casa, que se paró ante la imagen de la Almudena, bajó los faroles, puso en ellos aceite, encendió las luces y volvió a entrar en casa. Queriendo oír confirmar mi alegría por boca de mi hijo, le pregunté: «¿quién cuida de que estén encendidos por las noches los faroles de la Virgen de la Almudena?» Y él me contestó tristemente: «antes lo hacía María Teresa; ahora lo hago yo». Un gran consuelo era para mi alma el saber que mi hijo cuidaba de que ardieran todas las noches los faroles de la Virgen de la Almudena; pero, sin embargo, no podía desechar de mí la preocupación de la soledad en que le iba a dejar.

Desde el cuarto en que nos reuníamos después de comer, veíamos caer las hojas secas de los árboles del jardín, de ese jardín en que se sentaban tan felices en las noches de verano, y al cual no ha tenido valor de bajar aún. ¿Qué tiene mi hijo ahora que no está ella? me preguntaba yo, cuando él interrumpió mis pensamientos diciéndome: «¿te acuerdas de las bromas que dísteis a María Teresa sobre los muchos años que tardaría en crecer la enredadera? Mira las rosas que crecen ya en lo más alto del muro». Había, en efecto, dos rosas hermosísimas, una amarilla y otra encarnada.

¿Era símbolo? No lo sé. Pero yo quise ver en esos colores la respuesta que el cielo daba a mi pregunta: ¿Qué le queda a mi hijo ahora que no está ella? ¡España!

PAZ,
Infanta de España.



A la Reina María Cristina

EVOCACIÓN

Cuando todo calla...
cuando había el silencio;
cuando de los nuestros se queda su imagen
en el pensamiento;
cuando el sol deslumbra con sus ígneos rayos
los crespones negros;
cuando sólo queda grabado en las almas
un triste recuerdo
de los que Dios llama, y al irse del mundo
¡ni viven! ¡ni han muerto!...
yo paso las horas
mirando ese cielo
que guarda amoroso la dulce sonrisa
¡del ángel del pueblo!

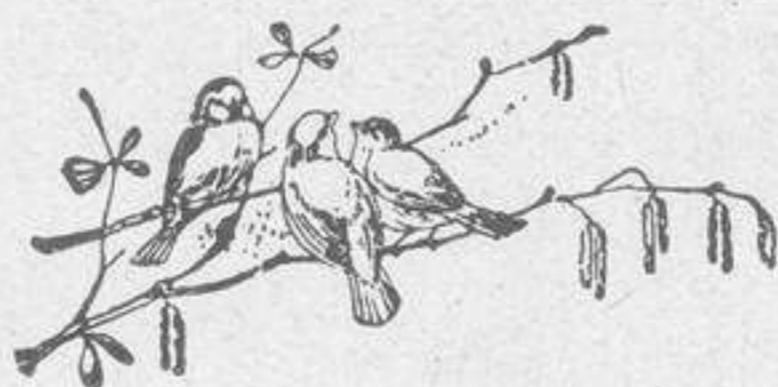
.....
¡No puedo olvidarla!...
Pasó por la tierra sembrando consuelos;
cantaban sus labios
divinas estrofas de amores sinceros;
eran sus miradas
retrato perfecto
de las grandes obras que la immortalizan
por sus sentimientos.
Fué ejemplo de madre
y esposa modelo.
Vivía la vida compartiendo penas,
llorando, sufriendo,
y haciendo más leves, con sus caridades,
los padecimientos
de los desgraciados
que están en el mundo sin calor, sin deudos,
y van pregonando
sus ayes, sus quejas y su desconsuelo.

.....

Así era la Infanta María Teresa;
 un ángel del cielo
 que vino a la tierra
 para perfumarla con divino incienso;
 un corazón de oro
 que encerraba un templo;
 un mar de cariños,
 un sér predilecto
 que cubrió con flores todas las espinas
 que hallaba a su encuentro.
 ¡Bondad hecha carne,
 amor, fe, esperanza, caridad, consuelo
 y un alma de Santa con forma de cuerpo!

.....
 Cuando todo calla...
 cuando habla el silencio;
 cuando de los nuestros se queda su imagen
 en el pensamiento;
 cuando el sol deslumbra con sus ígneos rayos
 los crespones negros;
 cuando sólo queda grabado en las almas
 un triste recuerdo
 de los que Dios llama, y al irse del mundo
 ¡ni viven! ¡ni han muerto!
 yo paso las horas
 mirando ese cielo
 que guarda amoroso la dulce sonrisa
 y el más puro anhelo
 de la que calmaba
 con amor de hermana, con cariño inmenso,
 el llanto copioso
 y el triste lamento
 de las pobres gentes que llamaban ¡madre!
 ¡¡al ángel del pueblo!!

Antonio NIETO.





DE NÚMERO A NÚMERO

MIRANDO A ESPAÑA

COBARDE E IMBÉCIL



LEGA hasta mí la noticia del cobarde atentado de que ha sido víctima D. José Canalejas, cuando está el presente número a punto de entrar en máquina, y no cuenta el espíritu con la serenidad necesaria para hacer sobre tan nefando crimen, las consideraciones que debe sugerir a todo cristiano y español.

Obra de un loco o de un malvado el atentado que todos deploramos, y que es uno más en la serie que la anarquía tiene a su cuenta, indica cuán equivocados están quienes llaman libertad al libertinaje y consienten que las ideas más subversivas y disolventes se lancen en mitins y revistas.

No hay otro remedio, para acabar con tanto daño, que la religión, y en esa está la salvación de España.

No lo olviden nuestros gobernantes, y hagan, con energía justiciera, que no se corrompa al pueblo con ideas anárquicas y que en España renazca la paz que han hecho desaparecer unos cuantos malvados.

Gobiernen en católico, y tendrán paz al dársela a sus conciudadanos.

Elevemos una oración por el alma del Sr. Canalejas y pidamos al cielo que ilumine a quienes han de gobernar a España.

F. de LAZCANO.



ZURRÓN DE POBRE

I

MIRANDA DEL CASTAÑAR

La Virgen de la Cuesta
no estaba en casa;
que estaba a hacer milagros
con la de Francia.



UNA mañana de invierno arrugada y llorona volvíamos de Ciudad-Rodrigo. En las Fuentes de San Esteban dejamos el tren y tomamos, primero unas sopitas de ajo y luego el coche.

Comimos en Tamames y huyó la niebla.

Continuamos rodando en la diligencia y ya entonces picaba el sol y cantaba el mayoral.

Un viajante de la Trapa, la pareja de civiles, una nube de sobonas moscas y la digestión en todo su apogeo, revuelto todo y bien combinado, dan como resultante el más eficaz de los narcóticos.

Seguida de profundas y grotescas inclinaciones llegó una espantosa modorra y, quieras que no, nos hizo andar a cabezadas.

Llegamos a Sequeros y abandonamos ¡fuera moscas! el coche.

Mismamente a la entrada del pueblo estaban esperando con caballerías.

Con aire francamente resuelto y el andar firme y acompasado viene a nuestro encuentro un muchacho morenazo de unos treinta años.

En su mirada de pícaro, inteligente y dominadora, anda revoloteando

teando indiscreta la santa curiosidad, la natural impaciencia por conocerme.

—Es mi hermano José, apuntó mi amigo.

En el abrazo efusivo que nos dimos quedó ahogada su curiosidad. Ahora, si te parece, estiraremos un poco las piernas: así que, tira, Pepe, tira de los *arres*.

Seguimos andando un buen trecho, después de pasado el pueblo, y llegamos a la soberbia atalaya que llaman *Balcón de la Sierra*. Bien apañadito, y oculto en el más limpio rinconcejo de mi estrujado zurrón conservo yo, después de cinco años que pasaron, este recuerdo.

En el sosiego santo de aquel mirador divino saboreó mi alma la emoción estética más intensa de que guardo memoria.

Al penetrar vigorosos y avaros mis ojos por entre las nítidas transparencias de aquel Oceano de luz, tuve miedo, me sentí triste, quise cantar, bendecir y adorar a Dios Nuestro Señor.

Después, al chocar con las hoscas y reacias tonalidades que sombrean el fondo sublime de aquel grandioso escenario, mi loca fantasía corriendo desatada por los soñadores campos de místico idealismo logró convertir *El balcón de la Sierra* en el muelle de un puerto. Amarrados a las boyas—aquí los montes—me figuraba los pueblos cual otra flota de navíos anclados al abrigo del puerto.

Dando al aire el recamado pendón de su Virgen de la Cuesta y destacando la fisonomía hostil y cerrada de su viejo castillo se divisa en el centro «Miranda del Castañar».

Acá y acullá, con encantadora indisciplina, se ven agazapados los barcos veleros Garcibuey, Madroñal, Pinedas, Monforte, Molinillos, San Martín del Castañar.

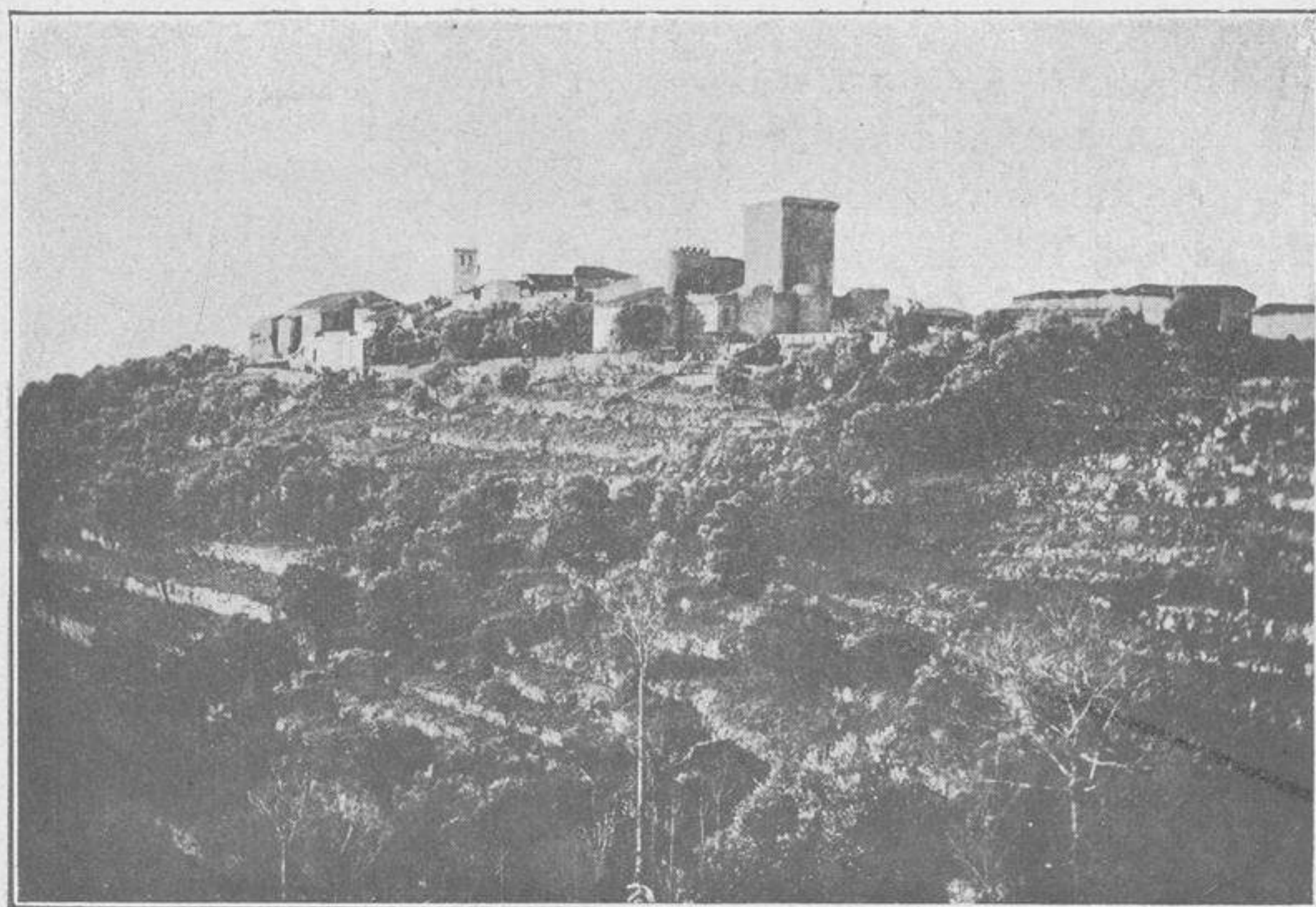
Y en último término cerrando con su perfil las azules lejanías de aquel vasto horizonte y coronando la cima bendita de una gigantesca peña se alza glorioso el buque insignia, «La Virgen de la Peña de Francia», capitana esclarecida de toda la serranía.



José, el hermano de mi amigo

La Virgen de la Cuesta
no estaba en casa;
que estaba a hacer milagros
con la de Francia.

La tarde iba de capa caída, y nosotros—accediendo a galante invitación—debíamos deternos en Villanueva del Conde. Media hora después parábamos a las puertas de un enorme caserón.



Vista panorámica de Miranda del Castañar

—Ea, vamos, suban ustedes; insistían temosos el Sr. Cura y sus dos hermanas.

Las copitas aquellas de licor adobado con no sé qué yerbas aromáticas, las doraditas tontas, los lienzos y cromos caprichosamente revueltos, el pergamino de los antiguos libros parroquiales y aquel otro olor beatífico que soltaban las personas y las cosas, me trajeron a la memoria los tiempos famosos del *Diacitron Abatis* que conoció el Arcipreste de Hita.

Por entre setos de espinos y zarceras, a la hora inquietante y dudosa del crepúsculo, caminaban las caballerías obedeciendo las indicaciones caprichosas de un regato que hacía de camino.

Silenciosas y solemnes las sombras bajan de las alturas y ganan la hondonada.

Avanzan cautelosas y cabeceando las caballerías y el eco medroso de sus pisadas muere sofocado en la espesura.

Un mirlo solitario volando de un castaño a otro, en cata de guarida, silba tristes un par de notas y arranca con el batir de sus alas un ruído siniestro.

Envuelto en las húmedas caricias de un vientecillo blando que sopla de *La Maricala*, dulce y sonoro como las esquilas de las chivatas que ramean en *El Chorril* y limpio como las aguas saltarinas de *Cachopes* llega a nuestros oídos el eco de esta tonada:

Serrana, tu serrano
me dió un recado,
para que te lo diera
y no te lo he dado, Serrana.

—La Virgen de Francia te llama.
—Dile que no voy, que estoy mala:
Dile que no voy que no puedo,
que soy del amor prisionero.

Gota a gota, melancólicas y lentas las cadencias de la tonada iban cayendo en mi alma enamorada del arte regional...

Disparando frecuentes y trabajosos resoplidos, de milagro no hoció la *sardina* que yo montaba antes de ganar la cumbre del último repecho y desembocar en «El Humilladero».

Logramos arribar, y en un momento de descanso me dí a contemplar desde mi *angarilla* la silueta trágica del Castillo.



El Castillo de Miranda del Castañar

Una larga sogá de parientes y amigos viene a nuestro encuentro, nos rodea, celebran conocerme y me invitan a que eche pie a tierra.

Ni sé cómo pude distraerme: pero es lo cierto—creí no contar-

lo—que la maldita *aleluya*, recelándose de su propia sombra, dió un espanto y dió... conmigo en tierra.

El popular y bendito San Telmo, siendo canónigo y aún Deán de Palencia, tenía la costumbre de pasear a caballo y le gustaba frecuentar los sitios más concurridos para poderla pintar. Y aconteció que un día de Navidad cruzando por entre una multitud le derribó el caballo y vino a caer en un barrizal.

Le corrieron con silbidos y risas las gentes y á poco de este percance se *metió* fraile y llegó a ser Santo.

De lo que no hacen mención las historias es de que le sacaran cantares.

Midiendo estaba yo con mis espaldas el suelo y ya un tuerto — buen amigo mío—pudo aderezar con el aceite y vinagre que manaba del ojo tapiado, la siguiente copla:

El fanfarrón de Villares
en el potro la pintó,
pero al llegar a Miranda
buena *tumbalá* se dió.

Los recuerdos de mi primera visita a Miranda los guarda «El Humilladero».

PEROPULGAR.





FLORES Y LÁGRIMAS

Fray Benito era un viejo
que salía al jardín por la mañana
a recoger el azafrán bermejo
que la aurora teñía de oro y grana.

Y al ver aureas las flores,
y asomar los estambres por su boca,
se volvía su alma medio loca,
de gozo y alegría
y estropearlas temiendo en sus ardores,
con gran primor su mano las cogía.

Salía al día siguiente
y lo primero que vía era a la aurora
salir por el Oriente,
hermosa, rozagante, encantadora,
y al verla tan lucida,
olvidando su fin, el ir al huerto,
se paraba a mirarla, descubierta,
los ojos elevaba a las alturas,
fijándose sereno en esa hermosa,
en esa bendecida
del cielo y de la tierra, tan graciosa,
y extasiado, mirándola, decía:
¡oh rosa encantadora del Oriente!
¡oh virgen de purísimos colores!
¡oh beldad soberana de mi mente!
¡oh fulgor de los cielos, alma aurora!
¡oh rica! ¡oh adorada! ¡oh esplendente
matrona, que suspende tu hermosura
a los astros brillantes
y les obligas a ocultar su lumbre,
cuando apareces tú por esa cumbre!
Detente, virgen pura,
para que yo contemple tu hermosura,
que arrugada y marchita,

mi vista pecadora,
no puede verte hermosa favorita
por el cielo subiendo voladora.

Yo soy el jardinero,
el que tengo cuidado de las flores,
que salgo siempre, al verte, a aqueste otero
a rendirte obsequioso mis honores.

Yo soy el que preparo,
a tu alma luz, lumbrera esplendorosa,
lecho mullido y cariñoso amparo,
al posarte, en el cáliz de la rosa.

¡Qué ligera que subes!...
detente, para verte en tu hermosura.
Y subía la aurora por la altura,
sin mirarle, altanera,
en su carroza señorial de nubes,
destrenzada su hermosa cabellera.

Y el pobre en voz altiva,
viéndola que ascendía cielo arriba,
dijo, al ver despreciado su consejo:
¿quién, jamás, atendió a la voz de un viejo?
Y presa en sus dolores,
se iba al huerto a llorarlo con las flores.

.....

Salía al día siguiente,
y el vuelo desplegando el aura fresca
corría por los campos perfumados,
doblaba espigas y besaba prados,
pasaba el valle y la montaña crespada,
y con dolientes ayes,
cual si mirase, tierno a su alma esposa,
dice, al verla, su lengua temblorosa:
párate, hermana mía,
que refrescas este aire limpio y puro,
párate, y entra a refrescar un día,
el pecho triste de este anciano oscuro.

¡Qué de gracias mi alma,
por el favor que me haces, te devuelve!
Por tí he encontrado la perdida calma,
por tí el consuelo que el dolor disuelve.
Gracias, aura querida,
que así me dulcificas tú la vida.
Cuántas veces por tí el verano ardiente,
y el sol abrasador del seco estío,
se tornan a mis ojos una fuente
de alegría y de dulce desvarío.

Por tí respiro ahora,
y por tí, dulce amiga, soy presente
al cielo, al campo, al sol y a aquesta aurora

que desde niño amé tan tiernamente.
 Y el viejo, así diciendo, caminaba,
 y en el jardín de su descanso entraba.

.....
 Y salía otro día,
 y, al pasar la alameda,
 oye dulce armonía,
 y se para a escucharla placentero.
 Cantaban el canario y el jilguero,
 alegres a la aurora,
 dándola el parabién de la salida;
 y cual niño inocente,
 que nunca este concierto hubiera oído,
 mirándolas se queda atentamente,
 y a las aves las dice enternecido:
 ¡Oh dulces aves que alegráis la vida,
 la arboleda y las mudas soledades,
 las fuentes, las aldeas, las ciudades,
 cual me alegráis a mí mi bienvenida!

¡Oh Dios, qué rico eres!
 ¿Qué sería este prado sin las aves,
 y los cielos sin tus amaneceres?
 Los niños, y las aves, las estrellas,
 del mundo son las criaturas bellas.
 Compañía del ave en selva umbrosa,
 cual música interior del alma suena,
 como brisa dulcísima, serena.
 ¡Oh dulzura sabrosa!
 ¡Oh concierto acordado!
 ¡Oh manantial sonoro! ¡oh tú lucero!
 Y a veces se escapaba el llanto fiero,
 del alma de aquel viejo lastimado.
 Y seguía a su huerto,
 herido el corazón, el paso incierto.

.....
 Ya sus pies no podían
 sostenerle a sí propio, y se caían.
 También sus manos con temblor palpaban,
 y sus ojos también se descarriaban,
 por la abundante luz que percibían.
 Requería un sepulcro ya el pellejo
 de aquella vieja máquina del viejo.
 Conocíalo bien el desdichado,
 y el pecho herido con dolor profundo,
 por vérselo caer encima el mundo,
 quiso luego anunciárselo a las flores,
 y el paso dirigiendo hacia aquel prado,
 roto su corazón lleno de pena,
 reventando por tantos sinsabores,

dice soltando al llanto larga vena:
 Adiós, flores, adiós. Ya me despido,
 quiere el cielo piadoso,
 llevarme de esta vida presuroso.
 Ya nunca te veré, jardín florido,
 nunca os saludaré, flores lozanas,
 que mis horas de angustia son cercanas.

No vendré ya a regaros,
 nunca os haré en el huerto compañía,
 ni hablaremos, oh flores,
 como hablaba, según costumbre mía,
 cuando venía alegre a visitaros.

De espinas y de abrojos,
 ¿quién ¡ay! te limpiará, luz de mis ojos,
 como yo te limpié? ¡Ay, cuánto lirio!...
 —interrumpía su discurso el llanto,
 y se calmaba un tanto,
 cuando al cielo miraba, su martirio.

¡Cuántas rosas planté sobre tu frente,
 y cuántos alelís; qué sonriente
 te vió al nacer el sol de primavera!
 los jardines del vasto imperio oriente,
 no vistieron jamás tu enredadera.

Jamás allí nació la pasionaria,
 y esta rosa—marcando a una que había,
 en hojas pobre y en matices varia—
 nunca la vió orgullosa Alejandría.

Y con voz poderosa,
 extraída del fondo las entrañas,
 alzó al cielo las manos extendidas,
 y dijo contemplando aquella rosa,
 en voz que conmovía aún las montañas,
 Luz, de mis ojos tristes, mansión mía,
 aliento de mi vida fatigada,
 aromas y frescura y armonía,
 sombra que me cobijas, enramada
 deliciosa sin fin, tilos floridos,
 que embalsamáis graciosos este ambiente,
 cerezos encendidos,
 cristalina corriente,
 higuera mía a cuya sombra quieto
 me reían dulcísimas las aves,
 cielo azul, que me abrías tu secreto,
 panoramas de amor, fragancias suaves,
 de mi pobre jardín: yo os bendigo.

Nunca se ponga el sol sobre tu alfombra,
 nunca el estío tu verdor quebrante,
 y la luna saliendo entre la sombra,
 descubra ante tu cara su semblante.

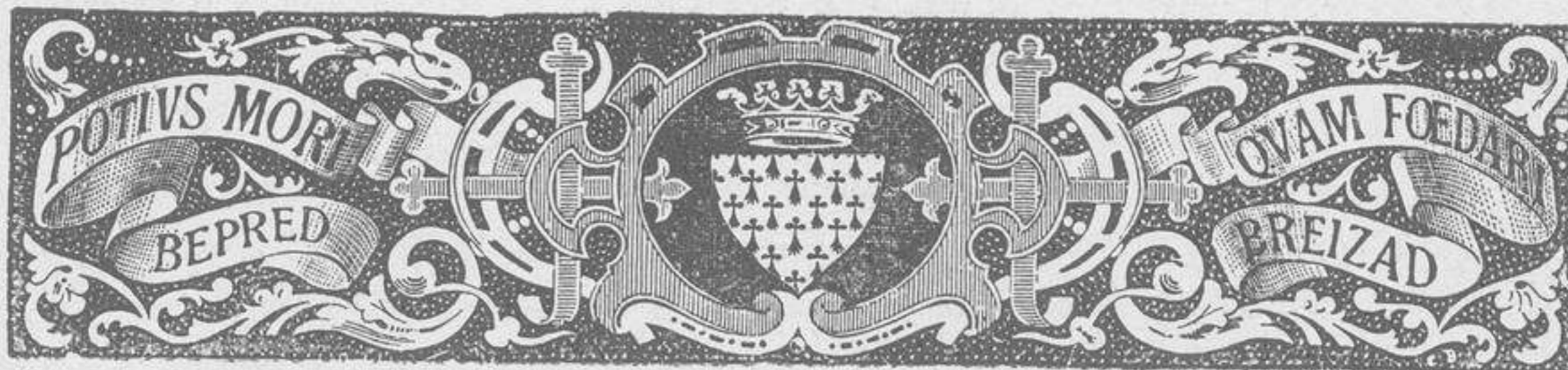
Prodíguente los cielos sus amores,
y la aurora agraciada su madeja,
por tu frente al pasar cubra de flores,
venga a verte la abeja,
y la calandria cantora a visitarte,
y la madre natura,
con sus galas feliz en adornarte,
te colme de primor y de hermosura.

Flores queridas, de mi amor primero,
adiós, encanto mío.
Y presa el viejo de dolor tan fiero,
miserico y desgraciado,
derramando de lágrimas un río,
cayó junto a las flores destrozado.

Yo voy todos los días a aquel huerto,
y en el cáliz dorado,
de las flores hermosas,
encuentro temblorosas,
las gotas del rocío,
y de dolor temblando y de horror frío,
pienso al verlas tan bellas:
¿serán estas las lágrimas aquellas?

Fr. Pedro G. de la PINTA,
O. P.





IN MEMORIAM



El día 23 del pasado mes de Octubre fué inaugurada solemnemente la cuarta y última capilla levantada en el lienzo derecho de la Basílica en construcción. Poco a poco, y sin desmayos, la labor callada y constante del pueblo de Teresa de Jesús sube y va cobrando forma.

En esta obra, altamente cristiana y patriótica, en que anda em-

peñado el honor del pueblo español, vierte los alientos generosos del estímulo el noble ejemplo de ilustres y muy piadosas personalidades.

Y en las alegrías, lo mismo que en las tristezas, el espíritu bien templado sigue su marcha sereno y confiado sin decaimientos ni vacilaciones.

A la inauguración de una de las tres capillas anteriormente construídas asistieron, desafiando las iras de deshecho temporal, los Infantes Don Fernando y Doña María Teresa (que en paz descanse), acompañados de la benemérita e infatigable señora Marquesa de Squilache.

Hoy su augusta madre,



Cuarta capilla

madre, nuestra egregia Directora, dando una prueba más de los tiernos y delicados sentimientos de su alma, firmemente creyente y devota, ha querido dedicar esta última capilla a honrar la memoria bendita de aquella santa y llorada hija suya. La capilla está puesta bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar.

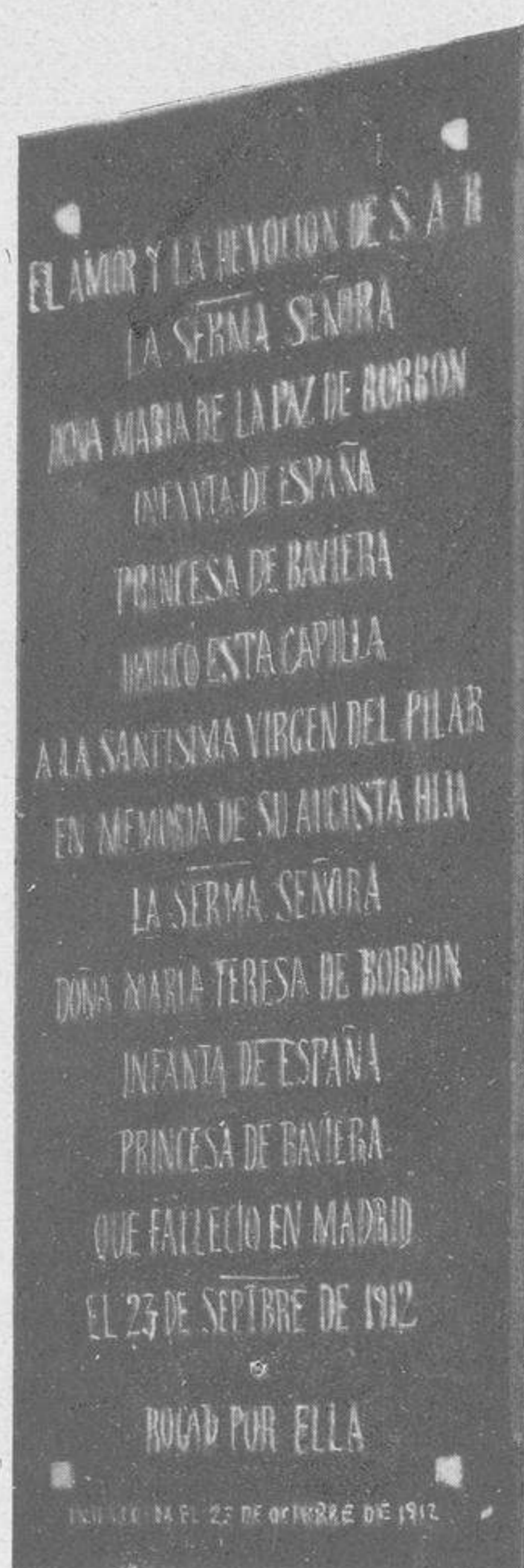
Eligióse el día 23 para su inauguración, por cumplirse en tan triste fecha un mes de la muerte de la malograda Infanta María Teresa, a cuya buena memoria se rindió tan religioso recuerdo.

La capilla hallábase adornada con fúnebres crespones, y en uno de sus muros campea magnífica lápida de mármol negro, con letras de oro, en la que se lee la siguiente sentida dedicatoria:

«El amor y la devoción de S. A. R. la Srma. Sra. D.^a María de la Paz de Borbón, Infanta de España, Princesa de Baviera, dedicó esta capilla a la Santísima Virgen del Pilar, en memoria de su augusta hija la Srma. Sra. D.^a María Teresa de Borbón, Infanta de España, Princesa de Baviera, que falleció en Madrid el 23 de Septiembre de 1912. Rogad por ella Inaugurada el 23 de Octubre de 1912».

Bendijo la capilla y celebró en ella misa de *requiem*, en sufragio del alma de la Infanta María Teresa nuestro querido Director, Don Gonzalo Sanz.

Asistió a los actos religiosos distinguido y numeroso público, entre el que se hallaban el Gobernador civil de la provincia, distinguidas señoras y señoritas de la Asociación Teresiana salmantina, con su presidenta D.^a Rosa Secall, las autoridades de la villa ducal, presididas por su Alcalde el Sr. Sánchez Bordona, y numerosos sacerdotes.





TIERRAS DE LA SANTA

V

EL ENCANTO DE LA VEGA

«Es de harta recreación mirar la vega».
(*Teresa de Jesús*).



ESTA tarde llega la Madre Teresa de Peñarandilla. Llenas de alborozo y de júbilo están en el convento de Santa Isabel, Sor Juana, la Madre Superiora; Sor María de la Luz, la Maestra de Novicias, y Sor Clara, la dulce Hermana Tornera. Nuevas de la Madre demanda un paje de la señora Duquesa. El administrador de los Alvarez de Toledo, Francisco Velázquez, mora en frente del convento. El paje penetra en el vestíbulo del convento franciscano, tira del cordelillo, una esquila resuena retozona. Sor Clara replica dulcemente:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios! ¿Hay nuevas de la Madre Teresa?—pregunta el paje.

—Nuevas hay. Esperámosla hoy mesmo. ¿Viene de parte de la señora Duquesa vuesa merced?

—De parte de la señora vengo. Ya sabe vuestra reverencia—insinúa el lindo paje, Juan García, de la familia de los Garcías—los proyectos que tiene mi señora la Duquesa.

—De ellos habló su prima, Sor Juana—desliza Sor Clara, iniciando el palique.—¿Don Francisco Velázquez dotará el nuevo Monasterio?

—Dotarálo.

—¿Y la Madre?

—Para elegir el sitio viene la Madre Teresa.

—¡Ay, Dios!—replica graciosamente la Hermana tornera.—¡Menguadas vamos a quedar las Hermanas Franciscas sin la protección de la señora! Oiga: si no se remoza el campanario, vendrá a tierra. Oiga: sucia quedará la iglesia, sucia y negra, como alma de pecador, si no la blanqueamos presto. Oiga: la tapia de la huerta caerá-se, con tanto remiendo y repegote como la hemos echado...

—No tema vuestra reverencia—ataja el paje con solemnidad.—Los escudos de la casa de mis señores son los escudos del convento.

Suena una campanita dentro.

—Aguarde vuesa merced—dice Sor Clara, alejándose del torno.

Juan García contempla el vestíbulo. Es pobre, es sencillo, es humilde como San Francisco, el iluminado de Asís; limpio y alegre como Santa Clara; sonriente como la misma Porciúncula. Un Cristo en la cruz, con los cabellos ensangrentados, con la mirada dulce, amorosa. muestra sus llagas al paje. La mañana es dulce. La calle de San Francisco es el centro entonces de la villa. Discurren por ella todo el día mozas fornidas, pajes desenvueltos, recaderos de monjas, dueñas de Palacio sabedoras de las tretas y murmuraciones que corren por la villa, soldados viejos que cuentan grandes mentiras de Italia y de Flandes, donde fueron con el Duque. El paje espera el nuevo recado de la Hermana tornera.

—¡Alabado sea Dios, hermano!

—¡Alabado sea, Sor Clara!

Gira el torno levemente. En él aparece un envoltorio blanco.

—Son confituras para la Duquesa, mi señora—dice Sor Clara.—Y dígame que acepte los rendimientos de Sor Juana, su prima, y de Sor María de la Luz, y de Sor Francisca, y de toda la Comunidad. Y que se le pasará recado cuando llegue la Madre Teresa.

Sale Juan García del vestíbulo. Ya en la calle, piropea a una buena moza, charla con los vecinos, detiéndose a la puerta de Francisco Velázquez con unos labriegos que conducen piedra de Martinamor en unas carretas, para el jardín de los Duques. Salen unos devotos de la iglesia de San Martín. Dos Padres Franciscanos, de luengas barbas blancas, de mirada humilde, entran en casa de Velázquez, que su esposa, D.^a Teresa de Layz, está harto quebrantada y enferma. El paje, por Santiago, se dirige al Castillo. Aún torna a saludar a otra moza y aún se detiene en un botillero con un soldado bisoño largo rato, escanciando ese vinillo nuevo, alegre, dulce, un poco trai-

dor y embustero, de las viñas de Cordovilla y de Babilafuente, que llena las cantarillas de los artesanos, las cubas de los Duques, las repletas bodegas—como Catedrales—de San Leonardo.

— — —

La Madre Teresa viene de camino, animosa y alegre, por el alto de Garcihernández. Viene de Medina por Peñaranda, y apenas se ha detenido más que una noche para descansar en Madrigal de las Altas Torres, y breves momentos en Coca, en casa de una buena mujer que ha hecho grandes aspavientos de admiración al hallarse en presencia de una monja decidida y valiente que no teme la soledad en los caminos, y que lejos de rehuir, provoca y anima la compañía del pueblo. Breves momentos ha parado la Madre en Coca, en casa de la buena mujer, que se hace preciso llegar a Alba antes de que cierre la noche. Y para siempre ha quedado prendada la humilde mujer de la Madre. Teresa le ha preguntado por los hijos. Como tuviera una linda chiquilla en la cuna, Teresa la ha besado y festejado, sin encogimiento. Luego ha lavado y fregoteado a otra mayorcita. Ha comido con la familia frugalmente. Aún quería la buena mujer de Coca regalar y festejar a la Madre, que viaja graciosamente en una mula.

De camino, Teresa contempla por vez primera el pueblo de Alba, donde ha de morir algunos años después. La entrada es, por aquel paraje, muy hermosa: El torreón del Castillo está adosado a una galería cuadrada, de ocho lienzos, y de diez arcos cada lienzo. A la conclusión de la galería se inicia un patio de armas; luego del patio, una enorme casona, muy alta, y al remate de la casona, paneras, bodegas, carroceras, corrales.... Tapando el convento de Santa Isabel, el jardín; junto al torreón, la aguda flecha de Santa María. Alba no es ni más ni menos que su castillo. Hasta las iglesias parecen pedirle protección.

El castillo es el centro del pueblo. Respetando la falda de la colina, hay unos murallones viejos que le defienden y tapan. Y hasta San Leonardo y más atrás se extienden las casas de la villa

Desde un altozano contempla Teresa el pueblo. El río se extiende a lo lejos. La vega, de frente, se limita por unos montecillos, por unos encinares, y, hacia el Sur, por la sierra lejana. El cielo está radiante y puro. Unos chiquillos juegan en el atrio de San Martín. Uno de ellos conduce a la Madre al convento. Cae la tarde. Poco después, en el locutorio, charlan con la Madre la vieja Duquesa, Francisco Velázquez, un Carmelita calzado, el Corregidor, que es varón docto y cristiano. Todos celebran el ingenio, la donosura, el

despejo de la Madre: Sor Clara está radiante. Francisco Velázquez dotará el convento de la Anunciación; la Duquesa le ayudará, como es justo y puesto en razón. Mañana verán los terrenos, desde donde se divisa la vega. La Madre Teresa, llena de júbilo, quiere aire, luz, espacio para sus monjitas.

—*Es de harta recreación mirar la vega*—exclama la Madre.— Desde el camino vengo prendada de su hermosura.

— — —

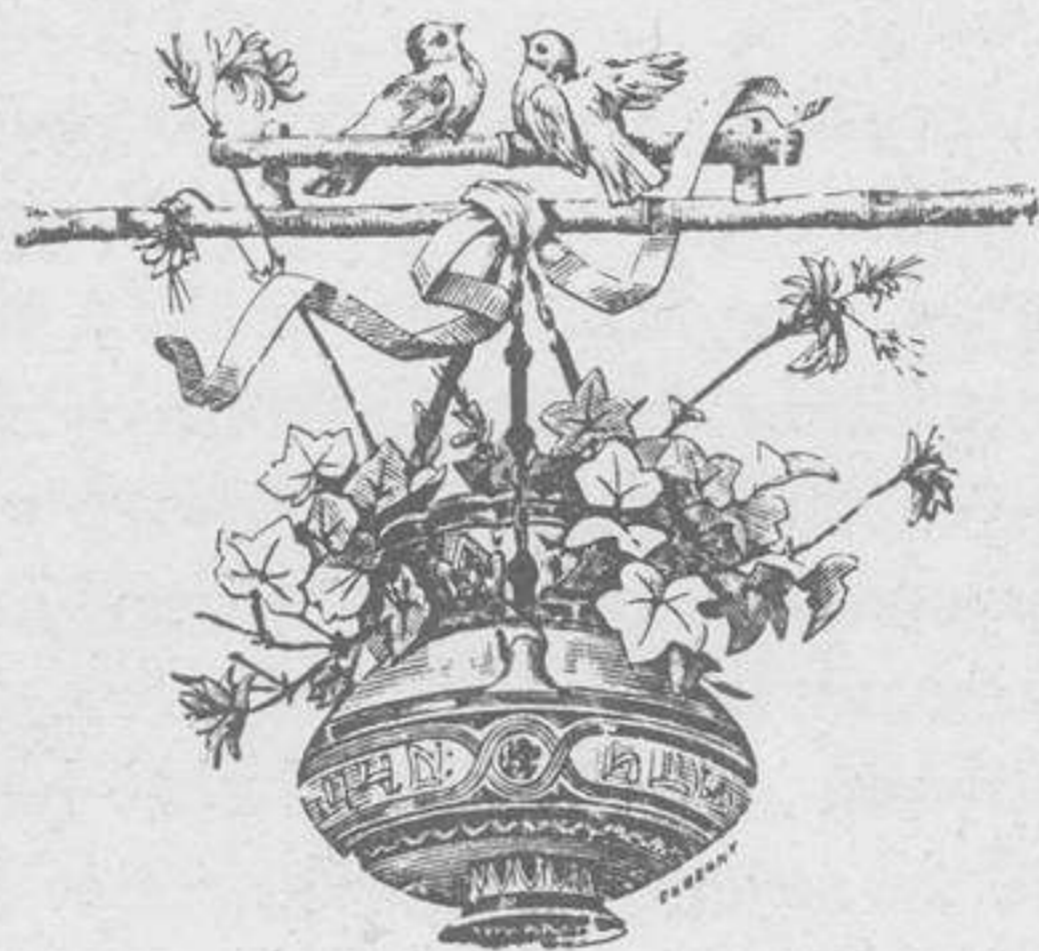
Llega Teresa por segunda vez a Alba, flaca, enferma, triste, cargada de trabajos y de agobios. Un vocero, uno de estos hombres superficiales y frívolos que hogaño llamamos abogados, ha dicho en Avila a la Madre que era escasa su virtud y suelta su lengua. En Valladolid, la Priora la ha recibido con despego. En Medina, los hombres han apedreado la diligencia, llamándola corretona, a grandes voces, y mujer sin seso y liviana, y otras sandeces dolorosas por el estilo. En el espíritu de la Madre han hecho huella tantos golpes seguidos. D.^a María Colón, Duquesa de Alba, obtiene del Provincial la promesa de que la Madre ha de pararse en Alba. Por eso Teresa ha vuelto a su convento de la Anunciación, donde ha de morir, dentro de unos días.

La celda de la Madre mira a la vega. Después de comulgar, desmayada y floja, ha contemplado el paisaje largo rato, sin que Sor Ana de San Bartolomé, que la es tan devota y aficionada, haya osado romper el encanto de la contemplación. La Madre sonrío tristemente. Unos pinos, enfrente de su ventana, bordean las orillas del río; unas lavanderas charlan, palmotean, ríen, jugando con el agua, contentas. El puente está lleno de viandantes. Subida en el pretil, canta una loca. Y suenan los martillos de las herrerías y el molino inicia el monorritmo de su cantata machacona. Al remate del puente, se destaca, precisa la mota blanca de una ermita, cuyas espaldas guarda una colina. A la derecha, quebradamente, se inicia la calzada de Salamanca. La ermita y la calzada levantan en el recuerdo de Teresa mil imágenes dolorosas: las de sus ajetreos, las de sus andanzas, las de sus fundaciones por los pueblos áridos y secos de Castilla. En esos viajes, charlando con los arrieros, con los gañanes, empapándose del alma popular, de sus anhelos, de sus angustias, ha formado su estilo, repleto de modismos populares, de provincialismos, espontáneo, fluido, denso, rico, sonoro, castellano. En esas andanzas ha templado su alma vigorosa, sencilla, enérgica, alegre y viril. En esos ajetreos, Teresa ha llegado muy hondo al corazón de su pueblo.

Las fuerzas faltan y el vigor físico ha comenzado a quebrarse. Teresa es un espectro; Teresa va a morir.... En su faz graciosa y abierta, los ojos van perdiendo su fulgor inteligente; los labios, descoloridos y blancos, se mueven perezosamente, con desmayo; la devora la fiebre. Teresa sigue contemplando la vega con arrobamiento.... Se siente mejor, más tranquila....

Suena la campana de la comunidad. Teresa se dirige al coro. Y tiene para la vega su última mirada de gozo, de alegría, de infinito amor por la Naturaleza. Las lavanderas siguen charlando, palmo-teando, riendo, jugando con el agua, contentas, a la vera del río....

José SÁNCHEZ ROJAS.





El Ilustrísimo Señor Don Francisco Jarrín, Obispo de Plasencia
benemérito salmantino
fallecido el día 3 del actual en Ibahernando, pueblo de aquella diócesis



La Corona de Santa Teresa

A la aurora cantaron su albedrío
las aves y con rústicos pinceles
una corona hicieron de laureles
y la plantaron en el bosque umbrío.

Vertió la madrugada su rocío,
de Castilla en los plácidos vergeles,
y de rosas y mirtos y claveles
se cubrió la corona en el estío.

Salamanca feliz un himno entona,
Avila con amor sus flores besa
y Alba de Tormes su virtud pregona;

Mirándola Castilla se embelesa,
que al elevarse al cielo la corona
¡con ella se elevó Santa Teresa!

Pedro GOBERNADO.





ASAMBLEA EUCARISTICA INTERPARROQUIAL DE ALBA DE TORMES

OCTUBRE 21-1912

LO QUE PUEDE UN CURA HOY

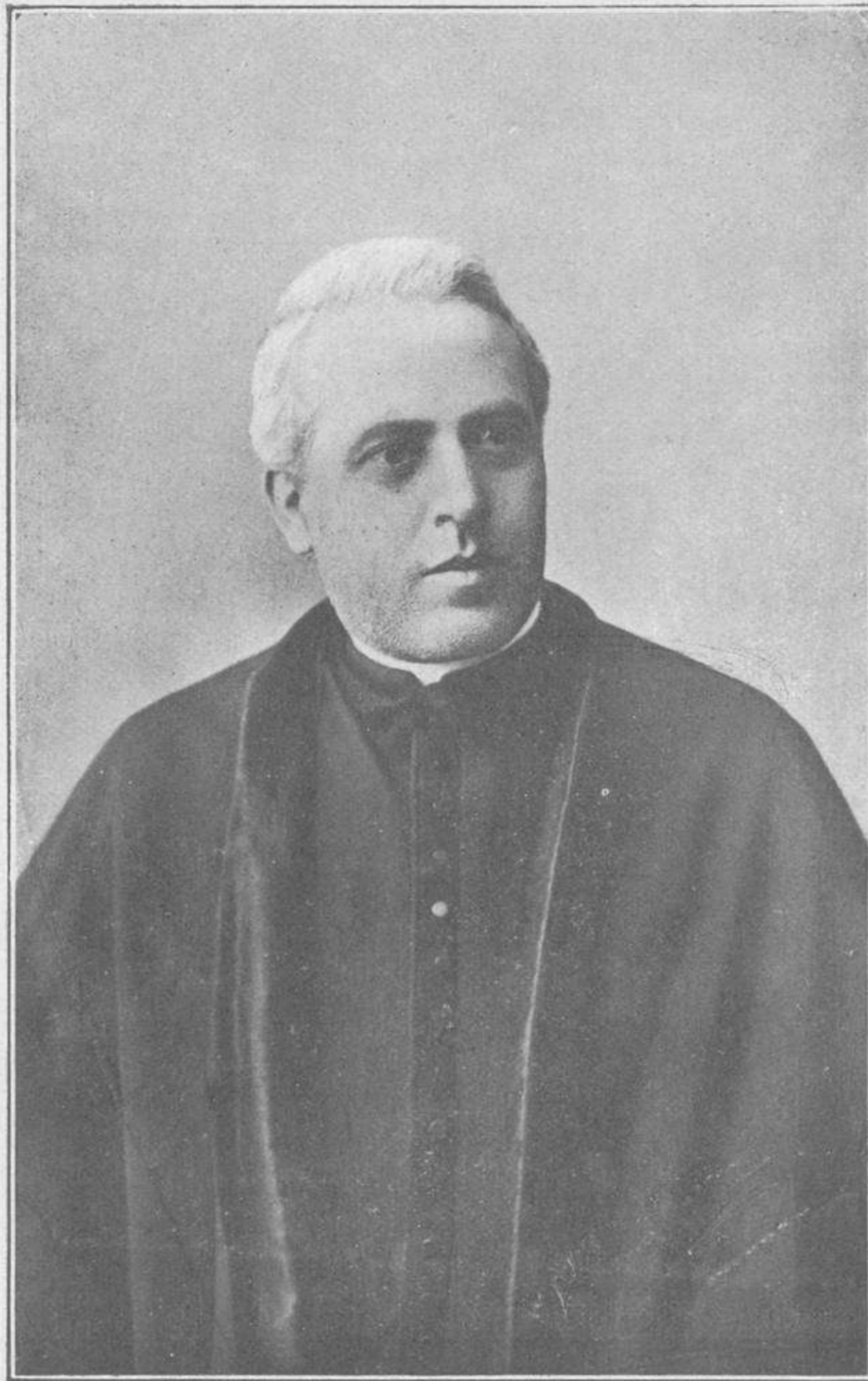


ON este sugestivo título publicó hace algún tiempo el Arcipreste de Huelva un hermosísimo libro, enderezado todo él a sacudir la indolencia de sus colegas y alentarles al trabajo, ya que cuentan con el poder del Amo: así llama graciosamente a Jesucristo.

No vamos a ocuparnos del libro en cuestión; hanos servido únicamente para encabezar estas líneas al ver por nuestros propios ojos cómo un cura, el Arcipreste de Alba, ha podido en tan corto espacio de tiempo—mes y medio no más ha habido de preparación—reunir un ejército de adoradores de Nuestro Señor Sacramentado en número de diez mil, con sus jefes, más de cien sacerdotes, quienes por turno rodearon día y noche el tabernáculo do habita y espera a los hombres el Prisionero del Amor.

Nunca, ni aun en las solemnísimas fiestas del centenario de la Santa Castellana, se vió la ducal villa tan concurrida por devotos forasteros; parece como si el Señor se hubiera complacido en derramar con muy larga mano sus bendiciones sobre la obra llevada a cabo por nuestro Párroco.

Nuestra Revista no podía permanecer indiferente al grandioso homenaje que se tributaba a Jesús Sacramentado en el lugar que santificaron las plantas benditas del Serafín del Carmelo, y a Alba fuimos para llenar el alma de consuelo al contemplar cómo en medio de un siglo corrompido y materialista, cuyo móvil es el afán de lucro y diversiones, un hombre ungido por Dios, conseguía rodear



**Don Matías Monzón, Párroco-Arcipreste
de Alba de Tormes**

de millares de guardias de honor nuestros olvidados tabernáculos. Espectáculo imponente que nos llevó a unir nuestra felicitación a las muchas que con tal motivo ha recibido nuestro buen amigo el Arcipreste de Alba, y preguntarle: ¿Cómo ha hecho V. este milagro?

—Amigo mío—nos decía con la sinceridad que le es propia, el mundo actual no cuenta con Jesús, y Jesús está en medio de nosotros, con todo su poder; yo conté con El, le pedí su bendición y El se ha dignado bendecir la Asamblea Eucarística; ¿qué importa que algunos elementos se encogieran de hombros y no le dieran importancia? Ante esa Majestad escondida en la Hostia Santa, libre o forzosamente ha de doblar la rodilla toda criatura en los cielos y la tierra.

Y así fué; que el Dios de toda Majestad y Poder puso manos en la obra, los pueblos oyeron la voz de Dios y formóse valiente y agueruido ejército de soldados de Cristo que a voz en cuello gritaron ante la faz del mundo: Dios está aquí, venid y adoremos a Cristo *Redentor*.

—La jornada del 20 y 21 de Octubre—decía nuestro *interlocutor*—ha sido de mayor resonancia porque el Señor ha querido valerse del último de sus ministros para una obra religioso-social de tanta importancia; yo en ella no tengo más parte que haber depositado mi corazón y mis entusiasmos a los pies de Jesucristo Sacramentado, y este divino Señor se ha cuidado de lo demás.

Estas y otras muy sabrosas y provechosas cosas oímos de los labios del señor Arcipreste, espíritu cultísimo, templado al fuego de los calores divinos, alma y vida de la grandiosa Asamblea eucarística celebrada en Alba de Tormes. Por nuestra parte no hemos de añadir una sola frase a las que recogimos en aquel rato de amenísima charla habida con tan celoso sacerdote. Se trata de un amigo, que admiramos y queremos, y parécenos mejor prescindir del lenguaje de la alabanza, en esta ocasión justísima, para dar cabida a la siguiente confortadora carta del Emmo. Sr. Cardenal Vives y Tutó:

Carta del Emmo. Cardenal Vives y Tutó

“Reverendísimo Sr. Arcipreste de Alba de Tormes.

Reverendísimo Señor: He tenido sumo consuelo al ver por su carta y su interesante *Boletín Parroquial*, que su amor y su celo por las glorias del Divino Prisionero de nuestros Tabernáculos, preparan la celebración de una Asamblea Eucarística, para la segunda mitad de Octubre.

¡Cuántas bendiciones del Santísimo y amabilísimo Corazón de Jesús y de la Inmaculada Virgen María, dulcísima Madre nuestra, se proporciona usted con ello! El ejemplo que con este acto da a sus venerables hermanos en el ministerio parroquial, será ciertamente eficaz y fructuoso, iniciándose una emulación santa

para promover cada día con más ardor el culto, veneración y amor a Jesús Sacramentado, y las manifestaciones de la fe eucarística y santo fuego de devoción al Augusto Sacramento del Altar, que animan el alma y corazón de todo español digno de este nombre.

El frío, el hielo se eliminan con el fuego; las almas frías, heladas por la indiferencia y el pecado, necesitan fuego divino, fuego eucarístico, llamas que salen de la sagrada llaga del Corazón de Jesús. Y los mejores incendios de divina caridad nacen y se alimentan en las muchedumbres por medio de las solemnidades, reuniones, asambleas, congresos eucarísticos.

Lástima me daba ver que mientras en otras naciones eran frecuentes estas fiestas sociales de amor y celo por Jesús Sacramentado, en España eran poco conocidas, y por esto, aplaudo con toda mi alma la santa iniciativa del digno Arcipreste de Alba de Tormes.

Y en esta ocasión me permito recordar hechos muy recientes que deben alegrar y animar mucho al celoso Arcipreste. En la diócesis de Lyon veo que los párrocos de un cantón, han determinado celebrar cada año una Asamblea eucarística, fijando la sede de la misma en diversas parroquias, para alternar.

Necesitaría un número entero de su *Boletín Parroquial* para enumerar los Congresos eucarísticos diocesanos, arciprestales, etc., que se celebran en varias naciones. En Francia, un gran número de diócesis los celebran con suma pompa a pesar de la persecución que sufre la Iglesia; en Italia se multiplican felizmente tales Asambleas en honor del Divino Sacramento; en Bélgica tenemos no poco que aprender en esta materia, y hasta las Indias orientales y occidentales nos dan ejemplo. ¡Qué hermoso es ver que en nuestra misma frontera, la diócesis de Perpiñán, el año pasado celebró tres Congresos eucarísticos en diferentes ciudades; que un obispo que preside un Congreso cantonal se ve seguido en la solemne procesión de todos los alcaldes y vice-alcaldes del mismo Cantón.

Si tales solemnidades llegan a generalizarse en nuestra amada patria, veremos maravillas de celo, amor, devoción y entusiasmo por Jesús Sacramentado y cambiará poco a poco la faz de aquellas parroquias, que hoy casi indiferentes son la espada que continuamente atraviesan el corazón del buen párroco, refloreciendo; a la luz y calor de los rayos eucarísticos, la fe y las santas costumbres cristianas.

¡Adelante, pues, señor Arcipreste! Jesús y María bendigan su celo y su devoción, bendigan el paternal interés del venerable Prelado por esta santa Asamblea, bendigan finalmente al ilustrísimo don Enrique Reig y a cuantos cooperen a obra tan santa.

Yo, corpore absens, estaré presente en espíritu y procuraré imitar el fervor eucarístico de los asistentes, unirme a sus oraciones y pedir con ardor al Divino corazón: Adveniat Regnum Eucharisticum, auspice Inmaculata Virgini María.

Suyo afectísimo en Jesús y María.—Fr. I. C., Cardenal Vives.—Roma, fiesta del S. S. Rosario, año 1912.»

Carta tan preciosa debiera difundirse hasta los últimos rincones de España, para aguijonearnos a todos a rivalizar con otros pueblos de aquende y allende los mares, en estas públicas manifestaciones eucarísticas a que nos invita y estimula nuestro insigne compatriota.



Nombramiento.—Ha sido nombrado Chantre de la S. I. C. de Salamanca, el M. I. Sr. Canónigo Lectoral de San Ildefonso de la Granja, don Miguel García Alcalde.

Nuestra más cordial enhorabuena a nuestro querido amigo.



Solemne funeral.—La Escuela de N. y B. A. de San Eloy, de la cual fué digno regente el Ilmo. D. Francisco Jarrín y Moro, ha acordado celebrar solemnes exequias en sufragio de su alma en la iglesia de las Agustinas, de Salamanca.



Un buen acuerdo.—Ha sido votado por unanimidad por la Diputación provincial de Huesca el acuerdo de pedir al Gobierno para el obispo de Jaca, don Antolín López Peláez, la gran cruz de Alfonso XII que dejó vacante el sabio Menéndez y Pelayo, premiando así los grandes méritos literarios del egregio prelado.



Obras de caridad.—El virtuoso párroco de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles (Madrid), edificada en el terreno cedido gratuitamente a dicho párroco, y construída con donativos de personas piadosas, continúa siendo objeto de varias limosnas con las cuales el Sr. Capuchino, párroco mencionado, ha podido pagar: para vidrieras artísticas, 2.000 pesetas; a don José Rodríguez a cuenta de la pintura hecha, pesetas 2.000; a la señora de Ibarrola por el entarimado, 1.000 pesetas, y del cancel de la iglesia, 1.700 pesetas.



Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<u>Pesetas Cént.</u>	
Del Señor Arcipreste de Bilbao, por encargo de una persona piadosa.....	1.000	»
De Doña Jesusa de Ansótegui.....	25	»
» » Concepción Ansótegui de Rochelt.....	15	»
» » Rogelia de Urigüen, viuda de Escalante ...	15	»
» Don Vicente Urigüen.....	15	»
» Doña María Teresa de Zabalinchaurreta	25	»
» Don E. Romaguera, en memoria de su madre.....	100	»
» una persona que amaba a la Infanta Doña María Teresa, cinco pesetas para una misa (que se dirá en la capilla de Santa Teresa de la Basílica en construcción), y para las obras..	20	»

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado